

**"EL BARROCO, ARTE DE LA CONTRARREFORMA
EN CUARTOM", por VERNER WEISBACH.**

El arte del Renacimiento, nacido de la copia directa de las ruinas clásicas que quedaban en pie en Roma, como el Coliseum romano, el Arco de Tito, había marchado *in crescendo* a todo lo largo del cuatrocientos, hasta culminar en una obra maestra: la grandiosa Basílica de San Pedro del Vaticano, a la cual copiaban todas las iglesias, catedrales y monasterios de la época. Al construirla decía el Bramante que quería poner la cúpula del panteón sobre la Basílica de San Pablo. Aquel arte era ciertamente grandioso, sublime, magnífico, pero era tildado de ser demasiado románico, paganizante, con una fuerza brutal y falta de sentimentalismo estético. El Vaticano, por el motivo de las indulgencias necesarias, contribuyó al movimiento humanista del Renacimiento, se desvía hasta tomar los caracteres heréticos de la Reforma, cuando a las órdenes de San Ignacio de Loyola se constituye la Compañía de Jesús para acabar con la lacra moral de la Reforma; dos tendencias se descuellan en la Iglesia de Cristo: de un lado, la mística; de otro, la ascética; aquélla representada por Santa Teresa, la mística doctora por antonomasia; ésta, por San Juan de la Cruz, el reformador del Carmelo; aquélla se extasía en la contemplación de la belleza divina; ésta, por el contrario, mira al dominio de los impulsos de la carne. San Ignacio es, ante todo, un asceta, y de aquélla surge el sentido espiritual que anima al arte barroco; de ésta surge el sentido de disciplina que informa la Compañía de Jesús. San Ignacio era, ante todo y sobre todo, un asceta, educado en la vida dura castrense de la milicia; es, más que un contemplativo, un general que dirige la batalla de sus soldados con decisión y energía; en sus Ejercicios Espirituales previene contra la tendencia mística de extasiarse únicamente ante la belleza de Dios, sin esforzarse en la lucha. Con él nace el barroco, que es, ante todo, el arte de la Contrarreforma; el estilo brota con un gran arquitecto, el Vignola, constructor de la iglesia del Gesu Central de la Compañía, a la cual imitan inmediatamente todas las iglesias del mundo, extendiéndose el estilo *urbis et orbis* rápidamente, al compás del auge progresivo de la Compañía fundada por el hidalgo de Loyola.

En España este estilo del Vignola se refleja inmediatamente en varios edificios del Alcázar de Carlos V, en Granada, en donde

Diego de Silos, seguidor de los modelos itálicos del Bramante, traza un patio redondo de colosal balaustrada sobre la cuadrada planta del edificio; se refleja en la magna Basílica de Loyola, construida sobre la torre que viera nacer al fundador de la Orden; se refleja asimismo en la más gigantesca mole de El Escorial, debida al Padre Sigüenza y a los arquitectos Juan Bautista y Herrera; responde asimismo a los cánones barrocos neoclásicos, ya en los tiempos comenzando la transición al barroco de Vignola y de la iglesia romana del Gesu. El Escorial, construido por Felipe II en memoria de la batalla de San Quintín, ganada el día de San Lorenzo. Felipe II traza la Basílica en la forma de la parrilla tradicional en que fuera quemado en Roma el santo mártir hispánico. Deseoso, sin duda, de construirse para sus últimos días un retiro análogo al Monasterio de Yuste, cuyas piedras fueron testigos de los últimos días del vencedor de Pavía. En El Escorial hay que distinguir cuatro partes fundamentales: la iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma; la sacristía, con sus célebres cuadros de Carreño; el monasterio, con sus magnos y valiosos códices e incunables, y la biblioteca y el palacio; en este punto, de acuerdo con la frase célebre: «Quiero hacer un palacio para Dios y una choza para mí», destaca lo humilde de la construcción palatina. ¡Cuán lejos estamos de los aguerridos castillos feudales, impotentes ante el adelanto de la artillería, inútiles; pero qué lejos estamos también de los frívolos y divertidos palacios de Versalles, llenos de músicas, favoritas y diversiones! El Escorial es austero, es grandioso, es sublime, es severo; nos maravilla por sus proporciones colosales, pero nos desagrada, al mismo tiempo, por su frialdad y por su sequedad excesiva, sobre todo por su falta de ornamentación en las fachadas y menosprecio por la escultura, que hace perder a la obra el valor que tiene por su grandiosidad imponente, aunque algún tanto sombría.

Mentira parece que aquel seco y severo arquitecto de El Escorial sea el introductor del estilo barroco en España en sus últimas construcciones, como la catedral de Valladolid y el Archivo de Indias sevillano, y la razón de tal contrasentido es sencilla. El Escorial es adusto, El Escorial es severo, no por la pobreza de los recursos, sino por la severidad y austeridad y economía del político que lo construyera; por ello Herrera, en realidad discípulo de Vignola por esencia, es el introductor del arte barroco en España.

Ahora bien: ¿Qué entendemos por arte barroco? ¿Cómo diferenciamos y en qué notas nos basamos para diferenciarlos? Verner Weisbach, en otros estudios que su pluma especializada en la materia y siempre docta y erudita, como en su grandiosa «Historia del Arte» de la Editorial Labor, responde acertadamente a esta pregunta, para el barroco contraponen, frente a la calma, el dinamismo, la exaltación. En realidad, el término barroco, al igual que la palabra ojival, es despectiva; lo barroco se caracteriza, se distingue de lo académico claramente; en efecto, para él lo clásico es estático, armonioso, sereno y magistral desde el punto de vista de la técnica; lo barroco es excesivo, sistemático y exagerado. Al tratar de conseguir los efectos literarios, es algo parecido a los contrastes que se notan entre la inmortalidad de la lengua de Cervantes y el estilo amanerado de los conceptismos o el culteranismo; Góngora y literatos posteriores, como Quevedo, con sus rebuscados efectos de palabras armoniosas y escogidas metáforas, giros, epítetos, hipérbolos y similares, sin conseguir deleitar al lector, como lo hará el estilo armónico, deleitoso y sereno de un Fray Luis de León.

En realidad, el barroco alcanza en Italia su apogeo con el Bernini, autor de la columnata de San Pedro de la Basílica de San Pedro del Vaticano. El Bernini, después del pontificado de Sixto V, se muestra como inigualable escultor, digno de colocarse a la altura de Praxiteles en el arte griego; sus grupos, como el de Apolo y Dafne, nos maravillan por su elegancia, por su finura, por su gracia acrisolada, por su joven alegría y elegancia incomparable. En otro grupo, «La transverberación de Santa Teresa», el ángel, con celestial finura, se dirige a una bellísima imagen de la Santa de Avila, que aparece envuelta en un manto finísimo labrado con sin igual maestría, donde se trabaja la técnica del vestido a la perfección, en que se trazan primorosamente los pliegues ondulantes de su vestido, hasta el punto de aparecer en éxtasis, flotando por los aires cual vaporosa nube, grupos que le convierten en uno de los mejores escultores de todas las épocas. Bernini no aparece, a pesar de haber superado a los Aníbal Carracci, magnífico; a pesar de su amaneramiento, parece haber influido en España; la Columnata de San Pedro quedó sin imitadores en época tal en que en España el barroco florece ciertamente con Crescencio, con la arquitectura de Theolócópuli, uno de los hijos del Greco, y de Juan Bautista; con las obras de Jiménez de Mora, autor

de la Plaza Mayor de Madrid, y con la magnífica fachada del Obratorio de la catedral de Santiago de Compostela, cuyas torres resultan verdaderamente magistrales, estrechándose a medida que ganan altura y rematan en un cuerpo taladrado con ventanales y, finalmente, en airosas cúpulas encima de las torres, desconocidas en el estilo neoclásico; es carácter fundamental y elemento propio del arte barroco. Y finalmente, con Herrera el Mozo, autor de la magna basílica del Pilar de Zaragoza, con gran número de cúpulas, multiplicadas en proporciones desconocidas para el académico arte neoclásico.

Por ello los autores hablan de distinguir dos estilos distintos: de un lado, el barroco, y de otro, el churrigueresco. Ahora bien, ¿cuáles son las características del arte barroco? Verner Weisbach lo ve agudamente, aun reconociendo que nuestra arquitectura barroca está casi inédita, en la tendencia a colocarse más alta que las naves los frontones de las portadas que ocupan la nave central; bajo ella, a rítmica distancia, otras naves laterales más bajas, pero que contribuyen a causar efecto estético; más abajo, escalinatas, las capillas laterales, las columnas se multiplican, la decoración se hace menos serena y más exaltada, las líneas rectas de los frontones pierden sus líneas rectas y se encorvan los frontones, se acentúan más en los bordes; finalmente, característica esencial del barroco, los frontones se parten y quedan sólo los bordes a ambos lados de la portada; en ella, en magníficos efectos que la ornamentación hace sobre el claroscuro, las mismas estatuas, rítmicamente situadas, contribuyendo a hacer efectos de perspectiva; la pintura y el mobiliario hacen tono con la arquitectura y contribuyen al efecto estático, así como los confesonarios, que unas veces se adelantan o atrasan, según las necesidades de la construcción. Por último, las escalinatas, magníficas y con robustas balaustradas, contribuyen al efecto de perspectiva del claroscuro, marchando del punto menos luminoso al más opaco, y el color del edificio sirve, finalmente, para destacar los miembros más acusados.

Finalmente, la arquitectura barroca aboca el estilo Borromini, con sus característicos frontones salientes de las fachadas y curvas, así como al empleo de los adornos en espiral y de columnas retorcidas, columnas salomónicas. Borromini florece con las escuelas en España con un gran arquitecto, Churriguera, que abusa de la ornamentación en las fachadas y retuerce inverosímilmente hasta la exageración en las figuras. Este estilo amanerado y decadente, ca-

racterístico por la columna salomónica, sin embargo da gracia a alguna fachada del arte palatino, como la del palacio del Marqués de Dos Aguas, de Valencia; pero, sin embargo, era obra a veces amanerada y con frecuencia de mal gusto.

Pero Verner Weisbach no se detiene sólo en el análisis de la arquitectura, sino que también entra en el estudio de la escultura de nuestros grandes imagineros, como Alonso Cano, Montañés o Pedro de Mena, con sus magníficas tallas policromadas, orgullo todavía de las procesiones de Semana Santa en Sevilla, en que culmina el policromado del arte afilegranado de nuestros magníficos imagineros del Siglo de Oro; así como de los pinceles incomparables de nuestros pintores barrocos, en donde culmina el arte hispánico, como los Ribalta y Ribera, discípulo del Caravaggio; las incomparables imágenes de Murillo, tan características de la Compañía, que sólo encuentra rival al pintar el candor e inocencia virginal de Nuestra Señora; en los dulces, pero deliciosos pinceles de Carlos Dolci o Guindo Reni, y, finalmente, de nuestros pintores ilustres del Museo del Prado, como el Greco, representante del ideal religioso en la pintura española; Velázquez, pintor del realismo objetivo; Zurbarán, el pincel de los pliegues magníficamente trazados de los hábitos eclesiásticos, y Ribera, el Caravaggio español, con sus fondos oscuros y escenas de martirios de santos, encontrados en estas magníficas figuras de mártires de tan magníficas perspectivas, con su adecuada ponderación y la proporción y contraste luminoso y su intenso colorido, en el que tantas veces figuran, como características del barroco, los éxtasis de santos macilentos por el rudo golpe de la disciplina, en cuyo análisis pictórico raya la obra en todo momento a la luz de la gran altura digna del autor, primera autoridad indiscutible en tan amena e interesante materia.

"EL PADRE CLARET", por PIO ZAVALA.

Un tomo en 4.º. — Editorial Labor.

La figura del Padre Claret es, sin duda, la que más destaca en medio del lodazal de pasiones, que es lo que vemos gobernar a España durante la casi totalidad del siglo XIX. Su juventud transcurre en el seminario, precisamente en aquellos momentos en que se encendían las crueles guerras civiles que entenebrecieron la primera mitad del siglo XIX. Desde Vich, donde está el seminario, comple-